

za su obra»<sup>3</sup>, nos dice Ignacio Arellano, uno de los promotores de los actos celebrados durante este centenario en el que se han realizado más de treinta montajes teatrales en nuestro país y cuyo balance final, tanto en lo que se refiere a la investigación como a la difusión y conocimiento de la obra de Calderón, creemos que ha sido muy positivo, a pesar de que los medios de comunicación le hayan prestado escasa atención<sup>4</sup>.

Que Calderón es una figura colosal, inmensa, ya nadie lo pone hoy en duda, por muy diversas valoraciones ideológicas y estéticas que queramos hacer. Teatralmente estamos todavía lejos de haber descubierto todo lo que su obra encierra. La fecundidad de sus textos teatrales es casi inagotable. Una obra tan extensa, variada y compleja, no podemos ni encerrarla en esquemas académicos, ni limitarla a la moda de las conmemoraciones. Dramas filosóficos, tragedias de amor y políticas<sup>5</sup>, obras mitológicas, comedias de enredo, entremeses, mojigangas, jácaras, autos sacramentales, zarzuelas y óperas: Calderón construyó sus textos manejando con maestría todo tipo de formas y fórmulas teatrales, y esta diversidad será una constante incitación a los profesionales de la investigación y de la escena. Dotado de una gran inteligencia y un pensamiento abierto, inquieto, creativo y apasionado, supo impregnar a toda su obra, además, de una profundidad muy superior a cualquier otro autor de su época y quizás de todos los tiempos. Sus grandes metáforas (la vida como sueño, el mundo como teatro) indagan no sólo sobre la realidad de la identidad personal, sino sobre la consistencia misma

<sup>3</sup> «*Tempestad de emociones*». Artículo publicado en la revista *La aventura de la Historia*, núm. 16, febrero 2000, p.48. Recomendamos también la lectura de los artículos de José María Díez Borque, Felipe B. Pedraza, Ricardo García-Cárcel y Luciano García Lorenzo aparecidos en el mismo número de la revista, de los que se han tomado algunos datos.

<sup>4</sup> Entre los trabajos de puesta en escena más interesantes llevados a cabo durante este año cabe destacar: *La vida es sueño*, por el Teatro Nacional de Varsovia; el estreno de la ópera *Celos aun del aire matan*, por la Ópera de Cámara de Varsovia y el Teatro Real de Madrid; *La vida es sueño*, dirección de Luca Ronconi, por el Teatro Strehler-Largo Creppi en Milán; *El príncipe constante* y *La vida es sueño*, con dirección de Miguel Ángel Rivera, Universidad de la Puebla, México; *El príncipe constante*, dirección de Jorge Listopad, por el Teatro Municipal de Almada (Portugal); *Mañanas de abril y mayo*, dirección de Miguel Narros; *El monstruo de los jardines*, dirección de Ernesto Caballero, R.E.S.A.D. de Madrid, y los tres montajes emblemáticos de la Compañía Nacional de Teatro Clásico dirigida por José Luis Alonso de Santos: *El alcalde de Zalamea*, dirección de Sergi Belbel, *La vida es sueño*, dirección de Calixto Bieito y *La dama duende*, dirección de José Luis Alonso de Santos.

<sup>5</sup> Calderón no fue sólo un propagandista de la monarquía. Trató los hechos históricos de prestigio imperial sin eludir los conflictos o las contradicciones, muy acorde con el espíritu de su época, transformándolos así en dramas trágicos. Trató también temas de actualidad histórica, no sólo mitológicos, fantásticos o del pasado. El éxito de su teatro se basó en que hablaba para su tiempo de forma directa. *La aurora en Copacabana*, por ejemplo, trata sobre los incas, *El Tuzaní de la Alpujarra* es una visión crítica de la rebelión y el trato dado a los moriscos y *El sitio de Breda* aborda la guerra de Flandes.

de lo real. Sus preocupaciones filosóficas conectan así con el pensamiento moderno y la ciencia más actual. Al poner en duda las certezas de la realidad («en la vida todo es verdad y todo es mentira»), podemos decir que Calderón se convierte en nuestro contemporáneo. La vida y el mundo, nos dice, son tan reales como irreales, tan ciertos como inseguros, tan espectaculares como efímeros... y así en la vida como en el teatro, en la vigilia como en el sueño. Por eso muchas veces no podemos discernir si vivimos en el sueño o la realidad, si la vida es sólo teatro o el teatro es la única vida posible.

Decimos que Calderón es hoy nuestro contemporáneo, y esto a pesar de que una mirada superficial nos lo presente como un defensor intolerante de valores muy alejados ya de nuestra sensibilidad y preocupaciones: el régimen monárquico-señorial, los dogmas católicos más intransigentes, un código del honor y la honra rígido y cruel, una retórica barroca demasiado grandilocuente y efectista, etc. Pero, mucho más allá de la reafirmación de las verdades (que no certezas) del discurso ortodoxo dominante de su época y de sus excesos culteranos, descubrimos en Calderón un mundo lleno de riquísimas alusiones, imágenes, ideas, planteamientos e inquietudes que lo alejan de esa visión conservadora acercándolo, por el contrario, a nuestras dudas, contradicciones y gustos más modernos o contemporáneos.

Su discurso teológico, por ejemplo, impecable desde el punto de vista del dogma, encubre y descubre, paradójicamente, todas las contradicciones de la fe, al tratar de explicar lo inexplicable mediante la lógica y un rigor conceptual y abstracto lleno de profunda belleza. Ni siquiera sus obras defensoras del código del honor y la venganza –una de las obsesiones del barroco que más separa a Calderón de la realidad de nuestro tiempo–, podemos interpretarlas como una exaltación a ultranza de las costumbres de su época, sino muchas veces como una denuncia de lo absurdo de esas normas y del control social que con ellas se ejercía. El honor, más que un valor moral, es un principio o elemento trágico y dramático, porque acaba convirtiendo en víctimas a sus protagonistas. La honra social ata, limita, es un mecanismo monstruoso. «¡Mal haya el primero, amén,/ que hizo ley tan rigurosa!», exclama don Juan en el acto III de *El pintor de su deshonra*.

Tenemos que tener en cuenta, además, las ideas dominantes de su época y no juzgarlas demasiado a la ligera. El honor, en la sociedad barroca, está por encima de consideraciones morales o religiosas, por encima del perdón o la compasión. Es como el destino. El orden social descansa sobre la ley y la idea del honor. Los hombres deben defenderla por encima de su vida, sus intereses o sentimientos. Pero es algo que se les impone, más que algo que ellos impongan. Quien pierde el honor deja de pertenecer a la sociedad. La venganza es un rito de exculpación y purificación, imprescindible para